

rar con abundantes lágrimas. Pero con semejante vestidura no llamaba la atención de los transeuntes, y todos desfilaban sin compadecerse de ella. Al fin, reuniendo la niña todas las fuerzas de que era capaz, en su carácter y experiencia, prematuramente formados, se afirmó en el propósito que la guiaba y prosiguió resueltamente.

Más de dos horas habían transcurrido desde tan extraña aventura, cuando Florencia, escapando del movimiento y ruido de una estrecha calle, llena de carros y toda clase de vehículos, vino á encontrarse en una especie de embarcadero á la orilla del río. Estaba aquel paraje lleno de fardos, cajones, sacos, bultos de mil especies, una enorme balanza de madera, una caseta de tablas con ruedas, y delante de esta caseta un hombre que, la pluma detrás de la oreja y las manos en los bolsillos, miraba distraidamente la selva de mástiles y de barcos, silbando como quien nada tiene que hacer, por haber concluído su trabajo del día.

— No hay nada — dijo aquel hombre al ver á Florencia; — no hay nada para ti, chiquilla, ¡largo! ¡vete!

— Dispense usted — contestó temblando la hija de Dombey, — ¿es esta la City?

— ¿Que si es esta la City? ¡Vaya una pregunta! De sobra lo sabes. ¡Hala, hala! vete. Ya te he dicho que aquí no hay nada para ti.

— No pido nada, muchas gracias — repuso tímidamente la niña. — No quiero más que saber por dónde se va á Dombey é hijo.

El hombre volvióse hacia la pequeña interlocutora, mirándola entonces con curiosidad y atención.

— ¿Y qué tiene usted que hacer con Dombey é hijo? — preguntó usando ya otro tono.

— No quiero más que saber por dónde se va, si usted gusta.

El hombre tornó á mirarla con más curiosidad aún, llevándose al mismo tiempo la mano á la cabeza para rascarse el cogote, y derribándose, con este movimiento, el sombrero.

— ¡Pepe! — gritó dirigiéndose á otro hombre, un obrero, que estaba cerca.

— ¡Mande usted! — contestó el obrero acercándose.

— ¿Dónde está ese chico de Dombey, que hasta hace poco vigilaba el cargamento aquí mismo?

— Ahora mismo sale por la otra puerta.

— Corre y dile que venga un momento.

Pepe corrió, en efecto, y alcanzó al muchacho en cuestión, volviendo con él.

— ¿Usted es de la casa Dombey? — dijo el hombre del sombrero, que ya lo había recogido y vuelto á ponérselo.

— Sí, señor Clark; soy empleado de la casa Dombey é hijo; — contestó el muchacho, un jovencillo de franco y sonrosado rostro.

— Bueno; pues mire usted á este lado — añadió el señor Clark.

Obediente á la inclinación del señor Clark, el muchacho dirigió la mirada á Florencia, sin comprender qué objeto podía tener aquella especie de confrontación. Pero Florencia, que había estado atenta á todo, y que sintiéndose libre de los peligros ya pasados, y reservada por la franqueza y ademanes de las personas entre quienes ahora se hallara, había recuperado sus ánimos, corrió hacia el muchacho, perdiendo un

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

zapató en la carrera, aunque de pocos pasos, y le dijo :

— ¡ Me he perdido !

— ¡ Perdido ! — contestó el muchacho sin entender una palabra.

— Sí, señor; me perdí esta mañana, muy lejos, y me han quitado la ropa; la que tengo puesta no es mía. Me llamo Florencia Dombey, única hermana de mi hermanito — ampáreme usted, señor, ampáreme. — Y Florencia se echó á llorar, dando libre curso á la pena que había contenido hasta entonces. Al mismo tiempo se le cayó el misero sombrero, con lo que se le desprendió su hermosa cabellera, desparramándose los rizos por la cara, espectáculo que llenó de admiración y de conmiseración al joven Wálter, sobrino de Solomón Gills, óptico.

Mister Clark estaba asombrado; parecía murmurar para sí : « jamás he visto cosa semejante en el muelle ». Wálter recogió el zapato perdido y lo volvió á calzar en el pie de la niña, como el Príncipe en el cuento de la Cenicienta, y luego, echándose la pelleja de conejo al brazo izquierdo, dió el derecho á Florencia con tal aire, que no al lord Richard Whittington parecía — comparación mezquina, — sino al propio San Jorge de Inglaterra, con el dragón muerto á sus plantas.

— No llore usted, miss Dombey — dijo Wálter en un transporte de entusiasmo. — Es maravilloso que me haya encontrado yo aquí. Tan segura está usted como si la guardara la tripulación de un buen barco de guerra. ¡ Vaya, no llore usted más !

— Ya no lloraré más; — dijo Florencia. — Lloro solamente de alegría.

— ¡ Llorar de alegría ! — pensó Wálter. — ¡ Y soy

yo la causa ! Adelante, pues, miss Dombey. ¡ Bueno, ahora se le cayó el otro zapato ! Tome el mío, miss Dombey.

— No, no — dijo Florencia deteniéndose en el momento en que iba á quitarse impetuosamente un zapato. — Me están mejor estos, mucho mejor.

— Por cierto que sí — repuso Wálter mirándola á los pies. — Los míos son mucho mayores; nunca podría usted andar con mis zapatos. Vámonos, miss Dombey. ¡ Y que ahora venga alguien á molestarla... quisiera verlo !

Wálter echó á andar muy altivo, llevando consigo á Florencia, enteramente tranquilizada. Así fueron cruzando calles, indiferentes por completo al asombro que ambos causaban á su paso.

El cielo se había cubierto de nubes y ya empezaban á caer gotas; pero esto no tenía importancia para los dos jóvenes, absortos como iban por la singular aventura que Florencia contaba con la inocencia propia de sus años y que Wálter escuchaba enteramente ajeno á lo que le rodeaba y sin advertir ni aun el olor á grasa de la calle del Támesis, por la que pasaban : lo mismo que si se encontraran en la selva de alguna desierta isla tropical.

— ¿ Tenemos que andar mucho ? — preguntó finalmente Florencia mirando á la cara de su compañero.

— ¡ Por vida de !... — dijo Wálter parándose. — No sé dónde estamos. ¡ Ah, sí ! ya sé. Pero las oficinas están cerradas á estas horas, miss Dombey. Todos se han marchado; mister Dombey ha regresado á su casa hace ya largo rato. Creo que debemos hacer lo mismo. Ó tal vez es mejor que vayamos á casa de mi tío, que está aquí cerca; allí se queda usted, tomo un coche; voy á su casa y vuelvo trayendo á usted

alguna ropa. Me parece lo más acertado. ¿Qué dice usted de esto?

— Así lo creo — dijo Florencia. — Vamos allá, si usted quiere.

Mientras estaban parados en la calle, deliberando sobre esto, pasó junto á ellos un hombre que se quedó mirando un momento á Wálter, como si quisiera conocerlo, pero en seguida continuó su camino.

— Mister Carker, creo que es mister Carker — dijo Wálter reparando en aquel transeunte, — un empleado de la casa Dombey, pero no el Carker jefe, sino su hermano menor... ¡Eh, mister Carker!...

El transeunte se paró, al oírse llamar, y se volvió hacia el joven y dijo:

— ¡Cómo! ¿Es usted Wálter Gay? Me había parecido, pero creí haberme equivocado al verle en tan extraña compañía.

Wálter explicó entonces la aventura á su colega. Parados á la luz de un farol, presentaban ambos á la vista un gran contraste. Mister Carker no era un hombre viejo; pero tenía muchas canas, y su cuerpo, inclinado, parecía ceder al peso de alguna gran desdicha. En su extenuada y melancólica faz se veían las huellas de una preocupación profunda. La intensidad de su mirada, la expresión de su fisonomía, el tono de su voz, todo parecía en él como dominado por una intensa preocupación del espíritu, como extinguido bajo una capa de cenizas. Vestido con decencia, todo de negro, su mismo traje parecía conformarse al estado de ánimo, armonizando con la expresión general de su persona y obediente al deseo de pasar humildemente inadvertido.

Sin embargo, en medio de aquella amortiguación de sentimientos, se le notaba gran interés por la ju-

ventud, según podía comprenderse al ver de qué manera escuchaba el entusiasta hablar de Wálter, la simpatía que le manifestaba, los movimientos de alteración y compasión que se le escapaban, como si los tuviera prisioneros dentro de su alma. Cuando, en conclusión, Wálter le hizo la misma pregunta que había hecho á Florencia sobre ir á casa de su tío, Carker miró al joven con igual expresión simpática y como si viera en lontananza una situación muy distinta de la presente.

— ¿Qué le parece á usted, mister Carker? — dijo Wálter sonriendo. — Bien sé que me da usted siempre buenos consejos, cuando me habla, lo que no es frecuente.

— Creo que es la mejor idea — dijo Carker mirando alternativamente á Florencia y á Wálter.

— Mister Carker — exclamó el joven como impulsado por una idea generosa. — Esta es una buena ocasión para usted. Vaya usted á casa de mister Dombey y sea usted mensajero de la buena noticia. Algo de bueno le reportará á usted. Yo me iré á casa y usted me sustituirá.

— ¿Yo? — contestó mister Carker.

— Sí, señor. ¿Por qué no? — repuso el muchacho.

Su interlocutor, como contestación, le estrechó la mano. Sonrojóse como si temiera acceder á la pretensión de Wálter, y al momento le dió las buenas tardes, le recomendó que no se demorase y se marchó en la dirección que antes seguía.

— Vamos allá, miss Dombey — dijo Wálter luego de seguir un momento con la vista á Carker, — vamos á casa de mi tío cuanto antes. ¿Ha oído usted alguna vez á mister Dombey hablar de mister Carker, el menor?

— No — contestó la niña. — Pocas veces oigo yo hablar á papá.

— ¡Ah! es cierto. Tanto peor para él — pensó Wálter después de un minuto de pausa, durante el cual contempló la pequeña y gentil paciente que caminaba junto á él, volvió á su acostumbrada animación de muchacho y su vivacidad, cambiando de tema. Se le cayó á Florencia nuevamente un zapato; aquello era ya intolerable; Wálter propuso á la niña transportarla en brazos hasta la casa de su tío. La niña aunque estuvo muy cansada no aceptó la oferta, sonriéndose y diciendo que podría dejarla caer. Á todo esto, mientras iban acercándose al guardia marina de palo, Wálter se puso á referir diferentes episodios de naufragios y otros desastres semejantes en que algún joven, más joven que él, había salvado y transportado triunfalmente alguna niña mayor que Florencia. Con esta conversación llegaron á la puerta del óptico.

— ¡Eh! tío Sol — gritó Wálter entrando apresurado en la tienda y hablando desalentado, sin tino, en lo restante de la tarde. — Esta es una aventura increíble. Figúrese usted que la hija de mister Dombey se ha perdido en la calle, que una mujer, una vieja bruja, le ha robado su ropa; — ya contaré á usted todo despacio; ahora, vea usted, aquí la traigo á descansar.

— ¡Santo Dios! — exclamó Solomón retrocediendo hasta tropezar con su brújula favorita. — ¡Es posible, Wálter!

— Es increíble, ya lo sé; pero así ha pasado. ¡Ea! ayúdeme usted á correr el sofá cerca de la lumbre, tío, y tenga usted cuidado con los platos; habrá algo que comer, ¿eh? — Tire usted los zapatos, miss Florencia; acomódese usted cerca de la lumbre, acerque usted los pies que estarán bien mojados. Vaya

una aventura. ¡Válgame Dios, qué calor tengo!

Solomón Gills tenía casi tanto calor, por simpatía y por la gran sorpresa. Acarició á Florencia, la sirvió de comer, la sirvió de beber, instándola á que tomase de todo, la restregó la planta de los pies con un trapo caliente, siguiendo con la vista á su locuaz sobrino, que no paraba un solo momento, y sin darse apenas cuenta de otra cosa que de los tropezones que á cada paso recibía del joven en sus idas y venidas por el cuarto, queriendo hacer mil cosas á la vez y sin hacer ninguna.

— Un instante, tío; — dijo Wálter; — voy á subir, me voy á poner otra ropa y echaré á correr. ¡Vaya una aventura, tío!

— Chiquillo; — dijo Solomón que, con las gafas puestas y su enorme cronómetro en el bolsillo, parecía oscilar sin descanso entre Florencia, sentada en el sofá, y Wálter que estaba en todas partes, — chiquillo, la aventura es muy extraordinaria, en efecto.

— Pero coma usted, tío; coma usted, miss Florencia; haga usted el favor de comer, tío.

— Bien, hombre, bien, — replicó Solomón cortando una tajada de carne, suficiente para un gigante, — yo cuidaré de ella. Ya estoy en ello. La pobre estará desfallecida, de seguro; tendrá hambre. Vete y arreglate. ¡Dios nos asista! ¡Sir Richard Whittington, tres veces lord Mayor de Londres!

No tardó mucho Wálter en subir á su cuarto y bajar otra vez; pero en este tiempo Florencia, rendida de cansancio, al amor de la lumbre se había quedado dormida. Este intervalo de quietud, aunque duró sólo unos cuantos minutos, bastó para que Solomón Gills se diese cuenta de lo que convenía hacer en orden á la comodidad de la niña, dejando el cuarto á media

luz y poniendo una pantalla entre la chimenea y Florencia. De este modo, cuando Wálter volvió, la niña dormía profundamente.

— ¡Magnífico! — dijo Wálter abrazando á su tío con tanta fuerza, que éste se sofocó estrujado. — Ahora me voy á escape. Guárdeme usted un pedazo de pan, para cuando vuelva, porque tengo un apetito voraz. ¡Ea!... cuide usted de que no se despierte.

— No, hombre, no; no se despertará, vete tranquilo. ¡Encantadora niña!

— Encantadora, eso es; — dijo Wálter. — No he visto nunca cara igual, tío Sol. Me voy corriendo.

— Está bien — repuso el tío, deseoso, á la verdad, de quedarse tranquilo.

— Dígame, tío, — exclamó Walter desde la puerta.

— ¿Qué te pasa? — preguntó Solomón.

— ¿Cómo se encuentra ahora?

— Perfectamente.

— ¡Es famoso! Me voy corriendo.

— Me alegro, — dijo Solomón para sus adentros.

— Otra cosa, tío, — tornó á decir Wálter, reapareciendo en la puerta.

— ¿Todavía estás ahí? — repuso Solomón.

— Nos hemos encontrado con mister Carker, al venir, en la calle. Mister Carker, el menor. Me ha hecho un efecto aún más extraño que de costumbre. Y es curioso que, habiéndose despedido de nosotros, le he vuelto á ver, al llegar á la puerta, como si nos hubiera seguido, en calidad de criado ó, más bien, como un perro fiel... Y ahora, ¿cómo está, tío?

— Tan bien como antes, — replicó Sol.

— Perfectamente. En fin, me voy corriendo.

Esta vez fué de veras, Solomón Gills, que no tenía ganas de comer, se sentó en frente de Florencia al

otro lado de la lumbrera, ensimismándose en la contemplación de mil fantásticos castillos : al verle se le hubiera podido tomar, entre los instrumentos que le rodeaban, por un mago que, vestido de color de café y con peluca á la moda de Gales, tenía sumida á la niña en un sueño encantado.

Entretanto, Wálter se encaminaba á casa de mister Dombey en un coche de alquiler que nunca había andado tan de prisa : lo que no era obstáculo para que Wálter sacara la cabeza por la ventanilla á cada momento, encareciendo la necesidad de correr más. Por último, llegado al término de la carrera, echó pie á tierra Wálter, y, sin tomar aliento, hizo que pasaran recado á mister Dombey. Mandóle éste pasar y le recibió en la biblioteca, donde reinaba gran confusión de lenguas, reunidas como estaban mister Dombey, su hermana, miss Tox, Richard y Nipper.

— Ruego á usted me dispense, — dijo Wálter á mister Dombey; — pero tengo la gran satisfacción de anunciar á usted que miss Dombey ha parecido.

La franca fisonomía del joven, su cabello flotante, su mirada viva, el contento que revelaban sus maneras contrastaban completamente con la impassibilidad de mister Dombey, que le escuchaba sentado en un sillón.

— Ya te lo decía Luisa : ya ves como estaba en lo cierto al decirte que parecería, — dijo mister Dombey á su hermana, que estaba llorando, haciendo dúo con miss Tox. Y en seguida añadió :

— Adviertan ustedes á los criados que ya no es preciso hacer más diligencias. El joven que me trae la noticia es un empleado de la casa. — Y dirigiéndose á Wálter, preguntó :

— ¿Cómo se ha encontrado á mi hija? Ya sé de

qué manera se ha perdido, — y miró majestuosamente á Richards; — pero no cómo se ha encontrado. ¿Cómo ha sido esto?

— Me parece que he sido yo quien ha encontrado á miss Dombey, — dijo Wálter modestamente. — Más bien, para no envanecerme con este mérito, creo haber sido el afortunado instrumento de...

— Pero, ¿qué es eso? — interrumpió m^{is}ter Dombey, mirando á Wálter, evidentemente molesto del júbilo que éste manifestaba. — No entiendo eso de envanecerse ni de ser afortunado instrumento. Hable usted con naturalidad, si usted gusta.

Difícil era para Wálter hablar como deseaba m^{is}ter Dombey; pero en fin, refirió lo sucedido como mejor pudo.

— Lo oye usted, — dijo m^{is}ter Dombey, dirigiéndose á Susana. Haga usted lo necesario y váyase con este joven en busca de miss Florencia y tráigala á casa. Usted, Gay, recibirá su recompensa mañana.

— Muchas gracias, — contestó Wálter. — Se lo agradezco mucho, pero no he pensado en recompensa alguna.

— Es usted un chico, — repuso m^{is}ter Dombey con viveza y casi irritado. — Que haya pensado usted ó que no haya pensado en ello, importa poco. Lo que ha hecho usted está bien; por consiguiente, no lo eche usted á perder. Luisa, haz el favor de servir un vaso de vino á este joven.

La mirada de m^{is}ter Dombey pareció seguir con disgusto á Wálter, cuando éste se retiró de la habitación, pilotado por mistress Chick. Y, tal vez, le siguió con igual pensamiento de disgusto en su camino hacia la tienda de su tío, acompañado de miss Nipper.

Cuando llegaron adonde se encontraba Florencia,

hallaron á ésta muy repuesta, por el descanso. Había comido y hecho gran conocimiento con Solomón Gills, en la mayor confianza. La joven de los ojos negros (que había llorado hasta el punto de poder ser llamada ahora la joven de los ojos colorados), silenciosa y abatida, tomó en brazos la niña y, sin dirigirla ni una palabra de reproche, le faltó poco para desmayarse. Luego, convertida aquella habitación en verdadero tocador, vistió á Florencia con el mayor cuidado y con ropa limpiísima, restaurando en ella el aspecto de una Dombey, tan perfecta como lo permitía su naturaleza, no muy calificada para el caso.

— Buenas noches, — dijo Florencia á Solomón. — Ha sido usted muy bueno para mí.

El viejo Sol estaba encantado y la abrazó como si hubiese sido su abuelo.

— Buenas noches, Wálter. ¡Adiós! — dijo Florencia.

— Adiós, — dijo Wálter, dándole ambas manos.

— No les olvidaré, — añadió Florencia. — No; no les olvidaré nunca. ¡Adiós, Wálter!

En la inocencia de su agradecimiento, la niña le acercó la mejilla para recibir un beso. Wálter se inclinó para besarla, irguiéndose luego colorado y confuso y mirando á su tío con timidez.

— ¿Dónde está Wálter? Adiós, Wálter; buenas noches, Wálter; otro apretón de manos, Wálter; — tales fueron las últimas palabras de Florencia, al cerrar la portezuela del coche, tras de ella y de la joven aya. Y cuando el coche se puso en movimiento, Wálter, de pie en la puerta, vió el pañuelo blanco que asomaba por la ventanilla despidiéndose, y él también contestó mientras el guardia marina de palo parecía ver aquel coche únicamente, con exclusión de

todos los demás que iban desfilando por la calle.

En poco tiempo llegaron á casa Florencia y su criada. Aumentóse la confusión de lenguas en la biblioteca. Dióse al cochero orden de que esperase « para conducir á mistress Richards », según dijo en voz baja á Susana, una de sus compañeras de servicio, como anunciándola que pronto le llegaría á ella la vez. La entrada de Florencia en la biblioteca produjo alguna sensación, pero no mucha. Mister Dombey, que nunca había puesto atención en ella, esta vez la besó en la frente y la recomendó que nunca volviese á correr así ni á salir con infieles domésticas. Mistress Chick puso término á sus lamentaciones sobre la corrupción de la naturaleza humana, harto ingrata para olvidar hasta el favor de Charitable Grinders : hizo á Florencia una acogida que le hubiera merecido una perfecta Dombey. Miss Tox reguló sus sentimientos al modelo que tenía delante. Richards, la culpable Richards, fué la única que dejó desbordar su corazón en palabras de bienvenida inclinándose á la cabeza de la pequeña mendiga con ternura efectivamente sentida.

— Ah, Richards, — dijo mistress Chick con un suspiro. — Mucho más satisfactorio hubiera sido para aquellos que se complacen en pensar bien del prójimo y más prudente hubiera sido para usted, el haber manifestado á su tiempo todo el interés que ha debido inspirarle ese pobre niño que va á encontrarse privado prematuramente de su sustento natural.

— Eso es, — añadió miss Tox con afligida voz, — privado de su sustento natural, aunque de común fuente.

— Si yo me viera en tan desagradable caso, — añadió solemnemente mistress Chick, — y reflexio-

nase como debe usted reflexionar, Richards, pensaría que el traje de Charitable Grinders iba á ser para mi hijo una desgracia y la educación que recibe, una calamidad para él.

En cuanto á este — si bien es verdad que mistress Chick no lo sabía — era muy cierto que el traje de hospiciano constituía una desgracia para el chico, y que la educación le producía calamitosos efectos, según las trazas de cardenales y chichones.

— Luisa, — interrumpió mister Dombey ; — no es necesario prolongar más estas observaciones. Esta mujer está despedida y pagada. Sale usted de esta casa, Richards, por haber secuestrado á mi hijo... ; á mi hijo ! — y mister Dombey repitió estas palabras con énfasis ; — conduciéndole á lugares y entre gentes en que no puedo pensar sin estremecerme. Gracias al accidente acaecido á Florencia y que en cierto sentido considero como una circunstancia feliz, he legado á saber lo hecho, sin lo cual, — según usted misma me ha confesado, — jamás hubiera conocido. A mi parecer, Luisa, la otra niñera, esta joven, — miss Nipper sollozó muy fuerte — en consideración á sus pocos años y á que necesariamente ha sufrido la influencia de la nodriza de Pablo, puede quedarse. Prevengan al cochero, que está pagado, para conducir á esta mujer á... — mister Dombey se detuvo con movimiento de disgusto — á... Staggs's Gardens.

Polly se dirigió á la puerta : Florencia se cogió á su falda, clamando con patética voz que no se fuera. Aquello fué una puñalada en el corazón de su orgulloso padre, una saeta en su cerebro, ver como su propia sangre le negaba, se iba en pos de aquella extraña y en presencia suya ! Mas no le preocupaba la actitud de su hija : poco le importaba ésta ; lo que sí

le angustiaba era el pensamiento de si con la ausencia de Richards sufriría su hijo.

Gran pena tuvo, en efecto, su hijo, llorando, sin dormir en toda la noche. Y en verdad que el pobre Pablo tenía para llorar más motivo que otros muchos niños de su edad, pues acababa de perder su segunda madre, la primera, para él, pues no había conocido otra, — y de una manera tan imprevista como aquella que dió lugar á la aflicción en el comienzo de su vida. Su hermana también, que lloró amargamente en su lecho, perdió, con aquel golpe, una leal y buena amiga. Pero es cuestión enteramente inútil. No gastemos más palabras en ello.

CAPÍTULO VII

DEL DOMICILIO Y DE LOS AFECTOS DE MISS TOX :
EXAMEN Á VISTA DE PÁJARO

Miss Tox habitaba en una casa oscura y pequeña, edificada en remotos tiempos y que parecía perdida hoy en un barrio elegante del oeste, y como avergonzada de verse entre tantos otros edificios, parienta pobre de opulentas mansiones que llenaban la calle y contemplaban á su predecesora con la mayor indiferencia. No daba esta casa exactamente á la calle, ni tampoco daba exactamente á un patio : era un término medio, separada de la común rasante por una especie de pasaje, en el que repercutían los llamadores de las casas vecinas (1). El nombre de este lugar retirado era Plaza de la Princesa y en esta Plaza de la Princesa, está también la Capilla de la Princesa, en la cual, convocadas por la campana, se reunían algunas veces los domingos hasta veinticinco personas. Algo más allá se veía *Á las armas de la Princesa*, lugar donde pasaban lar-

(1) La costumbre inglesa es tener la puerta de la calle cerrada siempre : sólo se abre para dar paso á las personas que entran ó salen. En general, cada familia ocupa en Londres una casa entera. (N. del T.).